



Cartas sobre una biblioteca ideal

IX

Amiga mía:

¿De dónde sacas eso de que yo no debo ser muy aficionada a la poesía lírica? ¿De veras no te he recomendado todavía la lectura de uno de esos poetas «que prenden su música en las telillas del corazón», como dices con frase que haría estremecerse de horror a muchos de los de tu generación? Pues hoy voy a desquitarme, aconsejándote el empleo de las pesetillas que te sobran este mes — ¡dichosa tú, capaz de realizar ese milagro! — en la adquisición «urgente» de dos de los más grandes de nuestra lengua: San Juan de la Cruz y Fray Luis de León.

Quizá, de todos nuestros líricos, sea el Santo carmelita el poeta por excelencia. Sus obras principales son cuatro tratados místicos, bellamente titulados *Subida al Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma*, *Llama de amor viva* y *Cántico espiritual*, escritos en

prosa, pero llevando cada uno al frente una maravillosa poesía, en la que se condensa poéticamente la doctrina luego desarrollada. Es decir, los cuatro poemas son como claves poéticas de la profunda alegoría contenida en los respectivos tratados, a cual más hermoso. Mi preferencia se inclina por el *Cántico espiritual*, en donde el gran poeta expresa simbólicamente cómo el alma renuncia a las cosas terrenas y suspira por el Amado escondido, al que acaba por encaminarse decididamente, después de enviarle los dulcísimos mensajeros de sus deseos, sus afectos y los ángeles del cielo. El Amado descubre al Alma que permanece en éxtasis, er. cuyo grado se produce el «desposorio espiritual», tras el cual comienza la vida de perfección, en la que el Alma se fortalece y purifica, alejando de sí todas las tentaciones del Mundo, el Demonio y la Carne.